

**Rescate arqueológico en Antiguo Cuscatlán:
informe preliminar**

— Gregorio Bello Suazo

El 26 de febrero de 1987, el ingeniero Mario Alcides Flint Soto, de la Dirección de Urbanismo y Arquitectura (D.U.A.), dio aviso a la Sección de Arqueología de la Dirección del Patrimonio Cultural del hallazgo de restos óseos, encontrados al excavar zanjas para instalar tuberías de aguas pluviales en el pasaje número 4 de la ciudad de Antiguo Cuscatlán, en el departamento de La Libertad. Miembros del personal de la Sección de Arqueología reconocimos el lugar y decidimos realizar un rescate, ya que contamos con el apoyo de los responsables de las obras, los trabajadores, la comunidad y la Alcaldía Municipal de esa localidad. Las condiciones del rescate fueron muy particulares, ya que se trataba de trabajar en zanjas de 9 metros de largo por 1.5 metros de ancho y más de tres metros de profundidad. La tubería estaba siendo instalada y los encargados de la obra, al igual que nosotros, tenían sus metas establecidas, por lo que procedimos al rescate, con pocos recursos y adaptando las técnicas arqueológicas a las características del lugar para obtener la mayor información posible. El rescate realizado dio lugar al hallazgo de evidencia de 9 restos de esqueletos humanos, distribuidos a lo largo de las zanjas.

Los datos que se obtienen de los hallazgos arqueológicos son importantes por cuanto contribuyen a enriquecer el conocimiento de la historia cultural de nuestro país. Es así como, a través de los años, se han ido haciendo colecciones de objetos que han sido clasificados de acuerdo a su contexto y material (cerámica, lítica y otros) y características especiales que permiten determinar o plantear hipótesis acerca del origen, desarrollo y estilo de vida de nuestros antepasados.

Se calcula que fuera de El Salvador —en museos de otras naciones— se encuentran entre 13,000 y 15,000 piezas arqueológicas salvadoreñas; coleccionistas particulares en nuestro país poseen aproximadamente 30,000 piezas, y en el museo nacional contamos apenas con una colección de 7,000 objetos arqueológicos. Por dicha razón, el rescate de dichas evidencias debería ser obligación de todos los salvadoreños, que en un futuro dejarán sus propias huellas para el estudio de las generaciones venideras.

Gregorio Bello Suazo es licenciado en arqueología por la Escuela Nacional de Antropología de México. Ha trabajado en la Dirección del Patrimonio Cultural de El Salvador y en la actualidad es catedrático en la Universidad Pedagógica de dicho país.

Pocas son las oportunidades que se presentan en nuestro país de realizar investigaciones arqueológicas y en raras ocasiones contamos con posibilidades de realizar un rescate planificado en que, a mediano plazo, podamos obtener la información deseada. Para el caso de Antiguo Cuscatlán, fue un rescate improvisado en que las condiciones no estaban a nuestro favor, pero gracias al apoyo de los trabajadores de la Dirección de Urbanismo y Arquitectura y por la cercanía del lugar (a tres kilómetros de la Dirección del Patrimonio Cultural) decidimos aprovechar esta situación, ya que en raras ocasiones se tiene la oportunidad de excavar a más de tres metros de profundidad.

De los hallazgos obtenidos se presenta un informe preliminar, ya que los datos con que contamos son bastante complejos; sin embargo, un aspecto importante es que ahora sabemos con certeza que esa zona fue habitada desde el año 800 a.C. y que su ocupación probablemente continuó hasta la época de la conquista española.

La excavación

El primer hallazgo consistió en un cráneo y costillas, ubicados dentro de la pared transversal (sur) de la zanja, que dividía otra de las zanjas. Al ser excavada la osamenta por el arqueólogo Paul Amaroli, quien colaboró en la primera etapa del rescate, resultó que los restos eran los de una mujer adulta, que se encontraba extendida y boca abajo (en posición de decúbito prono), de aproximadamente 1.50 metros de altura, con la cabeza hacia el norte, en mal estado de conservación. Los restos estaban ubicados a una profundidad de 3.20 metros y alrededor de éstos se podían observar huellas dispersas de cráneos, húmeros y otros huesos, incrustados en las paredes de la zanja, así como a lo largo de ella.

Para ampliar la información y ubicar el contexto en que se encontraron los restos, se excavó un pozo a un metro de distancia que medía dos metros de largo por un metro de ancho y dividido en seis cuadrantes de 60 x 50 cms. cada uno, en los que se encontraron fragmentos de huesos dispersos y muy destruidos. Al ser extraída la primera osamenta y despejar la superficie en que se encontraba, encontramos otro esqueleto, en mejor estado de conservación que el anterior, 30 cms. más abajo, desplazado hacia el este y asimismo en posición de decúbito prono. Estos restos fueron excavados por trabajadores de la Sección de Arqueología y en el rescate colaboraron los trabajadores de D.U.A. y la Alcaldía Municipal de Antiguo Cuscatlán.

Estratigrafía. La superposición de diferentes capas que se notaron en las paredes de la zanja es bastante compleja y es necesario efectuar un estudio más a fondo sobre su composición y origen. Hemos iniciado el estudio de esta estratigrafía contando con la asistencia de Carlos Aguilar, del Instituto Geotécnico Nacional, quien ha colaborado en la interpretación de la composición geofísica del terreno.

Definimos nueve capas, cuya característica general parecen ser sedimentos de origen fluvial mezclados con escoria volcánica y lavas, y gran cantidad de

rocas intrusivas, a lo largo de las capas, de regular tamaño. La capa superficial corresponde a la ceniza volcánica expulsada por el cráter del lago de Ilopango que hizo erupción en el año 260 d.C. Esta capa también la conocemos como "tierra blanca". La capa 9, en la que se encontraron los restos óseos, mostró una composición de sedimento arcilloso y arenas (gruesas y finas) muy sueltos con rocas intrusivas bastante grandes; y hasta una profundidad de 1.40 metros de esta capa encontramos elementos culturales.

A lo largo del área excavada, eran visibles partes de una superficie compacta muy irregular, entremezclada con la capa 9, que podría ser una mezcla consolidada de lava volcánica y sedimentos fluviales, que también se encontró pegada a los huesos del primer esqueleto. Esta capa no se observa de manera regular en la estratigrafía del terreno. También se notaban en el corte de la pared oeste de la zanja, manchas rojizas, alargadas, que sugieren superficies quemadas, pero sin continuidad estratigráfica.

Materiales culturales. Hemos realizado un análisis general de los materiales culturales excavados, que en su mayoría son fragmentos de cerámica y de obsidiana, y otros elementos de lítica, fragmentados y dispersos a lo largo de la zanja. Un hecho que llama la atención es la falta de un área o zona de habitación claramente definida.

Los fragmentos de cerámica se encontraron esparcidos a todo lo largo y ancho de la zona, además de estar presentes sobre los restos óseos, en medio y abajo de ellos. La cerámica muestra una mezcla de diferentes estilos y entre ellos se reconocieron algunas que pueden ser comparadas con otra cerámica ya estudiada y clasificada para la zona occidental.

Se encontraron fragmentos de cerámica monocroma de color café oscuro y negro con la superficie mate, muy pulida y sin decoración, de pasta dura gris o café muy homogénea. Esta cerámica ha sido clasificada dentro del grupo cerámico Coquiam, perteneciente al complejo Colos,¹ y entre las formas se encuentran tecomates con base plana. Se encontraron asimismo fragmentos de cerámica sin engobe, de superficie bien alisada y pulida, con decoración geométrica incisa y zonificada; de color naranja hasta café y de mucha dureza.² Entre estos fragmentos se pueden observar formas de cajetas y tecomates de paredes verticales y base plana, y jarros de cuello angosto y bordes rectos, así como ollas de paredes gruesas. Otro hallazgo fueron los fragmentos de cerámica de engobe brillante, de color café-rojizo oscuro, cuyas formas reconocidas son las cajetas de paredes verticales, con base plana y el cuello ligeramente ensanchado de unos veinticinco cms. de diámetro. Además, se encontraron fragmentos de cerámica color café negruzco sin decoración, con la superficie bien pulida y de paredes gruesas.³ Existe otra cantidad de cerámica

¹ Robert Sharer, editor, *The Prehistory of Chalchuapa*, 3 tomos (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1978), III.

² Grupo Cutumay, del complejo cerámico Colos.

³ Del grupo cerámico de Pinos, complejos cerámicos Chul y Caynac.

con diferentes características que aún no han sido estudiadas y que pueden brindar datos adicionales para la interpretación del hallazgo. Por último, se encontró una cabeza de figurilla antropomorfa, de color café rojizo, sin que a la fecha se haya podido identificar, ya que no se ha encontrado material de comparación, lo que podría indicar que es de fabricación local, al igual que mucha de la cerámica encontrada.

Todo el material lítico se encontró fuera del área de la excavación, sin asociación con los restos óseos ni con cualquier otro material. Los pocos materiales rescatados se encontraron entremezclados y dispersos en la capa 9 y a una profundidad variable entre 60 cms. y 1 metro bajo los restos óseos.

Son pocos los fragmentos de obsidiana encontrados. De color gris lechoso, la mayoría son desechos y dos de ellos probablemente sean instrumentos de trabajo (fragmentos de navajas prismáticas). Se encontraron: un fragmento de metate y dos manos de metate, planas (de basalto), sin asociación, además de dos instrumentos para pulir cerámica y otros usos, de diorita (piedra dura de color verde oscuro), y una lasca de sílex color blanco.

Observaciones

De los 9 restos óseos detectados, dos estaban casi completos y con la cabeza hacia el norte, extendidos boca abajo, notándose irregularidades en la posición de los huesos. El primer esqueleto rescatado mostraba una deformación en la columna, a la altura de las vértebras dorsales y la cabeza estaba ligeramente levantada hacia el frente. La tibia y el peroné desechos mostraban signos de haber sido cortados por una roca, la cual permanecía fuertemente incrustada en dicho lugar. No se encontraron los huesos tarsos, metatarsos, carpios ni metacarpios.

El segundo esqueleto presenta también una alteración en la columna; el hueso cúbito derecho está desplazado de su lugar e incrustado entre las costillas y el húmero. El brazo izquierdo está flexionado bajo la pelvis. El peroné de la pierna derecha se encuentra al lado opuesto a su posición natural con respecto a la tibia, dando la impresión de que la pierna hubiera girado 180° sobre sí misma. Tampoco en este caso se encontraron los huesos correspondientes a las manos y los pies. De los demás restos sólo pudieron reconocerse tres fragmentos craneos y dos fémures, fragmentos de tibias y restos de una rótula. Todos éstos se encontraban incrustados en la pared oeste de la zanja y dispersos a lo largo de los 9 metros.

Tal como se plantea en el informe, los fragmentos de cerámica fueron encontrados entremezclados en todas direcciones con los restos óseos, unos 10 cms. por arriba de los restos, intercalados con los esqueletos y hasta casi un metro por debajo de ellos, e igualmente dispersos y mezclados entre sí, dando la impresión de que el terreno había sido alterado por agentes naturales. No encontramos ninguna evidencia de ofrendas o de otro rasgo cultural relacionado con los esqueletos que nos diera indicios de alguna actividad religiosa.

Conclusiones

Considerando las condiciones y características del rescate, hemos obtenido suficiente información como para plantear algunas hipótesis, con el propósito de contribuir al conocimiento de la historia cultural de nuestro país. El área de excavación, la falta de recursos y el tiempo de trabajo (11 días) fueron tan estrechos que no se puede desechar o afirmar categóricamente la interpretación del hallazgo. Para llegar a estas conclusiones, consideramos asimismo los siguientes limitantes: en primer lugar, hace falta el análisis definitivo de los materiales excavados y es necesario ampliar la información sobre la historia geológica de la zona (el cráter del plan de La Laguna) y zonas aledañas; y, en segundo lugar, las limitaciones en cuanto al desarrollo y la escasa información arqueológica del país.

Anteriormente mencionamos que la capa superior (o capa 1) es de ceniza volcánica (tierra blanca) que fue depositada por la erupción del cráter del lago de Ilopango en el año 260 d.C., o sea, al final del período denominado preclásico, que abarca desde el año 1200 a.C. hasta el año 300 d.C. Debido a que los restos culturales se encontraron 2 metros más abajo de esta capa, es claro que corresponden al período preclásico. Por el análisis de la cerámica identificamos algunos tiestos que son comparables con la cerámica clasificada para la zona de Chalchuapa.

La cerámica más antigua encontrada en el rescate pertenece al complejo cerámico Colos, que corresponde al período preclásico medio (900-650 a.C.), sin embargo, hemos encontrado, entremezclada con esa cerámica, otra perteneciente al complejo cerámico Kal, también en el período preclásico medio, pero que abarca desde el año 650 al 400 a.C., así como una cerámica monocroma, denominada Pinos, que se ubica a finales de este período, es decir, en el preclásico tardío (400 a.C.-300 d.C.). Este hecho indica que los salvadoreños de esa época habitaron el lugar por un período de 1,200 años, lo que implica una vida sedentaria, dedicada a la agricultura, caza y recolección.

Es necesario corroborar este fechamiento por medio de técnicas físico-químicas como el Carbono 14 (C_{14}), que nos acerquen más a los datos objetivos. Debido a que la cerámica y otros objetos estaban mezclados y diseminados por el área y entremezclados con los restos óseos, podemos afirmar que dicho lugar estuvo sujeto a modificaciones provocadas por constantes corrientes fluviales en combinación con erupciones volcánicas cercanas (como por ejemplo, el cráter del plan de La Laguna), según se pudo observar en el estudio estratigráfico. Por lo tanto, las alteraciones de los esqueletos y la destrucción de los demás restos pueden ser producto de este fenómeno. Ahora bien, si los restos encontrados fueron víctimas directas de tales deslaves o sucedieron después de muertos, entonces la causa de su muerte puede haber sido cualquier otra. El hecho de que restos hayan sido arrastrados desde otro lugar es actualmente una incógnita.

Lo que sí se puede afirmar es que en ese lugar hubo mucha actividad,

la que fue capaz de modificar y alterar un contexto cultural. Asimismo, el hallazgo originó nuevas incógnitas: quiénes fueron los habitantes de esta zona; cuáles fueron sus contactos; y la necesidad de determinar la historia geológica del área. Por lo que es necesario continuar y profundizar en el estudio, recopilar toda la información posible acerca del lugar (tanto de índole arqueológica, histórica y geológica) y dar una respuesta objetiva para conocer la historia cultural de nuestro país.

Referencias culturales del período preclásico (1500 a.C.–300 d.C.). Las evidencias culturales encontradas hasta hoy en nuestro país datan aproximadamente de hace unos diez mil años y se enmarcan en el período denominado arcaico (del año 5000 a.C. al 1500 a.C.). Tales evidencias son pocas y en parte se debe a que los restos materiales de aquellos pobladores se encuentran enterrados a decenas de metros de profundidad o porque la población fue escasa; pero, además, por la falta de investigación llevada a cabo sobre dicho período. Entre los materiales culturales recuperados se encuentran tres puntas de lanzas, que fueron localizadas en el lecho del río San Esteban, cerca de las ruinas de Quelepa, en el departamento de San Miguel.

Fue durante esta época cuando el hombre adquirió mayor dependencia de la recolección de plantas (frutos, raíces y bayas) y de la cacería. Esta forma de vida les permitiría conocer los beneficios de algunas plantas y dar inicio a la domesticación y el cultivo de algunas de ellas. Fue una etapa proto-agrícola durante la cual tales productos cultivados jugaron un papel importante, además del desarrollo de su conocimiento y tecnología.

La dependencia cada vez más fuerte de los productos agrícolas y el desarrollo tecnológico fueron haciendo que los grupos se volvieran cada vez menos nómadas y se fueran estableciendo en residencias semipermanentes en un principio, hasta llegar a sedentarizarse completamente.

Períodos preclásico (1500 a.C.–300 d.C.) y preclásico temprano (1500–900 a.C.). Para esta época, el sedentarismo ya se había generalizado; se conocen y explotan mayor número de plantas domesticadas y existe un gran desarrollo en la fabricación de la cerámica, frigurillas de barro y piedras de moler. Los grupos humanos se multiplican y dependen en un 40 por ciento de la agricultura, en un 35 por ciento de la recolección de vegetales silvestres y en un 25 por ciento de la cacería y atrapamiento de animales. Es lo que se denomina una etapa de agricultores aldeanos.

Período preclásico medio (900–300 a.C.). Durante este período se manifiesta en Mesoamérica un incremento demográfico que permite una interacción dinámica de rasgos culturales externos y locales. Esto sucedió cuando olmecas procedentes de la costa del Golfo de México dejaron su evidencia cerca de la ciudad de Chalchuapa, en la piedra de “Las Victorias”, exhibida en el museo de El Tazumal.

No fue sino hasta el año 700 antes de nuestra era, con el inicio de la implantación de los primeros señoríos teocráticos, que existieron realmente grupos sedentarios agrícolas. La base de su alimentación eran los productos

agrícolas (60 por ciento); es decir, la explotación del medio se basaba más en dichos productos, hasta alcanzar amplios territorios.

Período preclásico tardío (300 a.C.-300 d.C.). El desarrollo de la agricultura es evidente a través de los restos materiales de este período. Existen, además, en el occidente del país, las figurillas de barro conocidas como "bolinas", derivadas del estilo olmeca, contemporáneas con la cerámica "batik usuluteco", finamente elaborada y originada en la zona oriental de El Salvador y conocida a través de Centroamérica,⁴ así como la cerámica denominada bicroma zonada.

Los centros religiosos del período preclásico no eran verdaderamente núcleos urbanos, sin embargo, algunos de ellos abarcaban amplias extensiones y unos pocos tenían plataformas piramidales de adobe hasta de veinte metros de altura (tal es el caso de El Trapiche, en Chalchuapa). Evidencias del período preclásico se han encontrado en Chalchuapa, Atiquizaya, Apaneca, Ahuachapán, Chalatenango, Jayaque, Antiguo Cuscatlán, Usulután, San Miguel y San Salvador.

⁴ Stanley H. Boggs, *"Olmec" Pictographs in the Las-Victorias Group, Chalchuapa Zone, El Salvador*, Carnegie Institution of Washington Publication (Washington, D.C.: Carnegie Institution of Washington, Division of Historical Research, 1979).